



PYRENAICA

ANALES DE LA FEDERACION VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO

*...para el fomento de la noble afición a la montaña,
las enseñanzas del excursionismo y el amor a la
Naturaleza, con especial interés en lo que afecta
al País Vasco Navarro.*

MONTANISMO-TURISMO Y EXCURSIONISMO-ARTE Y ARQUEOLOGIA-TOPONIMIA
Y ESPELEOLOGIA-ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

VOL. III

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - 1928

NÚM. 10

EDICIÓN TRIMESTRAL: ES PROPIEDAD; DERECHOS RESERVADOS.—AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN CITANDO LA PROCEDENCIA
EDITORIAL: FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO.—DIRECCIÓN POSTAL: BILBAO-ORUETA, 2.—CLUB DEPORTIVO
DESCRIPCIÓN ANUAL: PTAS. 2 PARA LOS MIEMBROS DE LA F. V. N. A. Y PTAS. 4 PARA LOS NO MIEMBROS.—NÚMERO SUELTO: PTS. 1
COMITÉ DE LA REVISTA: LOS PRESIDENTES DE LAS CUATRO SECCIONES.—DIRECTOR: MANUEL DE LA SOTA Y ABURTO
ADMINISTRADOR: JUAN JOSÉ BARDESI Y BARANDICA

ISLAS CANARIAS

TENERIFE. EL TEIDE

*A mi querido maestro don Antonio Bandrés
y Azcue, a quien debo las mayores emociones
y alegrías de mi vida.*

Llegada a Santa Cruz. La Laguna. Carretera adelante hasta la Orotava.

11 de Julio.—La luz que entra por los ventanillos del camarote me hace subir a cubierta a contemplar la salida del sol y los nuevos horizontes ya próximos, de la isla de Tenerife.

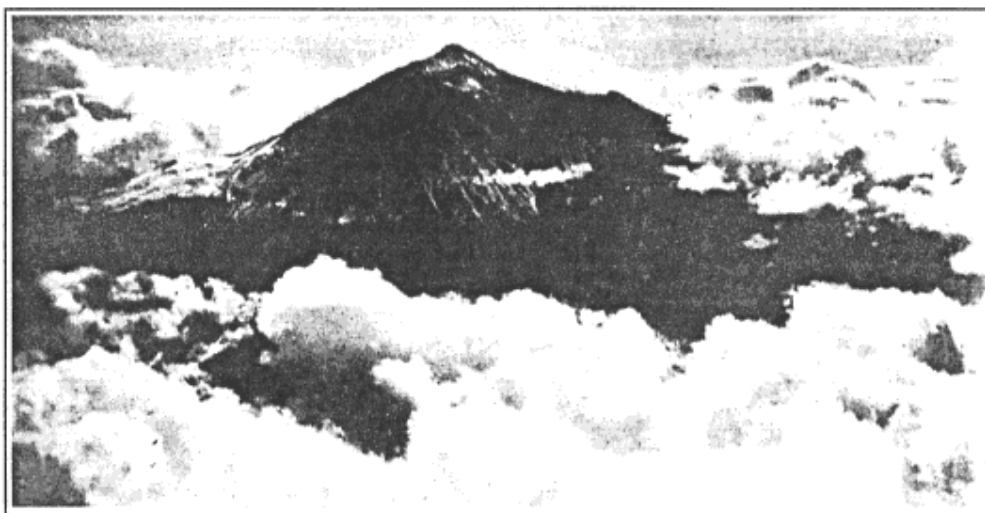
Venimos de Las Palmas en el correo insular *Gomera Hierro*, de donde salimos anoche a las doce.

A poco de partir, en cubierta no se podía parar por el frío y el viento, y tuve necesidad de guarecerme en el «camarote de 3.^a clase», donde he pasado la noche, y en el que los malos olores de comidas y salitres y el movimiento continuo me han dejado un poco mareado. Mas al contemplar esta flamante salida de sol, viendo la serenidad del despejado firmamento y sintiendo el goce de pisar tierra, pronto me desaparecen estos síntomas pasajeros, y me encuentro como nuevo.

Santa Cruz, a estas horas de la mañana, tiene un encanto puro de adolescente dormido, y así tendido en el rocoso catre, con ese silencio, esa blancura y esa serena sonrisa, da ganas de gritarle, para que una vez despierto se le pueda decir: ¡Arriba! ¿No ves cómo Febo viene en tu busca radiante? ¿No ves qué alegre está? ¡Alégrate tú también! Levántate y dale tu más cariñoso saludo (6,25 mañana).

Veo el Teide por primera vez. Se halla rojizo, lleno de luz, irguiéndose soberano entre las montañas que a su pie se encuentran, y que todavía conservan el tono pardo y azulado de la obscuridad aún no disipada.

El caserío de la población, desde distancia, encierra todo el carácter de una ciudad mora o andaluza. Su blancura, sus casas de pocos pisos, sus palmeras y la



El Teide desde un aeroplano.

decoración que lo circunda, de montañas rocosas de oscuro color, no niegan, no pueden negar, su similitud y su sello de origen. Son como ciudades de nacimiento que admirábamos de niños allá en Deusto, en los escaparates de alguna juguetería o en casa de algún amigo.

¡Es un espectáculo admirable, este puerto de Santa Cruz! ¡Hermoso *Mesón* entre Europa y América!

Danzan los vapores y los bergantines un tango muy parado, y un crucero de guerra los mira serio; cruza rápida una canoa que, como buena madrugadora, va repartiendo alegría. Todo lo demás duerme todavía.

Van acercándose botes a nuestro vapor, y mientras esperamos para saltar a tierra, los eternos espectadores de los puertos se aproximan para vernos llegar. Desembarcamos (6,30 mañana).

He llegado a la plaza de la Constitución, y me dicen que el autobús de la Orotava ha salido hace un momento, y no habiendo ninguno más hasta las diez, trato de enterarme si es posible aprovechar alguna otra combinación que me lleve antes de esa

hora, sacando en consecuencia que puedo hacer el viaje por etapas, en distintos vehículos.

Desayuno en un bar. Mientras espero el autobús de La Laguna, que sale cada media hora, voy contemplando las calles. Tienen todas un puro sabor moderno; son algo así como calles *planistas*; lo mismo en líneas que en color. Al fijarme en cualquiera de estos edificios me vienen muchas ideas sobre la actual arquitectura de vanguardia.

¿Habrán visto estas casas Le Corbusier, Jeanneret, Mercadal y los demás arquitectos de primera fila? ¿Se habrán inspirado en estos modelos?...

Barren las calles diversos tipos de pobres gentes, encontrándose bastantes negros; para el barrido emplean palmas secas. Son los únicos que a estas horas se hallan por estos alrededores, y los pocos madrugadores que honradamente ganan el pan con el sudor de su frente.

Ya me encuentro en el auto, camino de La Laguna (7 mañana). Al atravesar la capital desfilan tipos tinerfeños pintorescos, especialmente mujeres; éstas, con su manto negro y un sombrerito de paja, parecido al usado por algunos clowns, y el cigarro en la boca, marchan campechanamente al trabajo.

El auto va subiendo la fuerte pendiente que al abandonar Santa Cruz empieza, y ya, a distancia, lanzamos una mirada desde lo alto a su original estructura. Adviértese en seguida la calidad volcánica de las tierras por su color de escoria oscura, y estas atalayas de la capital son ásperas, crudas y sin encanto en su marrón suelo, pero de una perspectiva y una luz envidiables.

He aquí que, sin apercibirnos, entramos en La Laguna. Pueblo solitario y con mucho aspecto castellano, frío, sin la blancura y alegría de la capital de la Isla, con edificios de piedra sillería oscura, y plazas parecidas a las de los pueblos de la Meseta.

Tomo otro auto para Tacoronte.

¿Castilla o Galicia en Tenerife? Esta es la pregunta que se me ocurre viendo este paisaje singular que vamos atravesando, estos campos repletos de trigo y de maizales, estas montañas verdes, estos gigantescos eucaliptus que parecen severos guardianes, toda la vegetación en fin, y esa niebla fría y cerrada que va pasando rápidamente, y que por unos momentos nos oculta el sol y nos lleva como buen prestidigitador a soñar con regiones muy distintas y lejanas a estas, haciéndonos creer realmente que estamos en Palencia, León, Soria, o en algún recodo de la mansa Galicia. Este frío y esta humedad de la niebla se recrudecen y nos agujijonean en estos paisajes de ensueño.

Algunas piezas de trigo se hallan en la recolección, y las cónicas pilas forman hileras graciosas.

Trabajan en las faenas agrícolas buenos ejemplares de hembras, gemelas a la Venus de Milo en su bella y gigantesca proporción. Todavía no hemos visto una «bacalada». Aquí, ni se apercibieron de la moda de las delgadas; y más vale que así haya ocurrido.

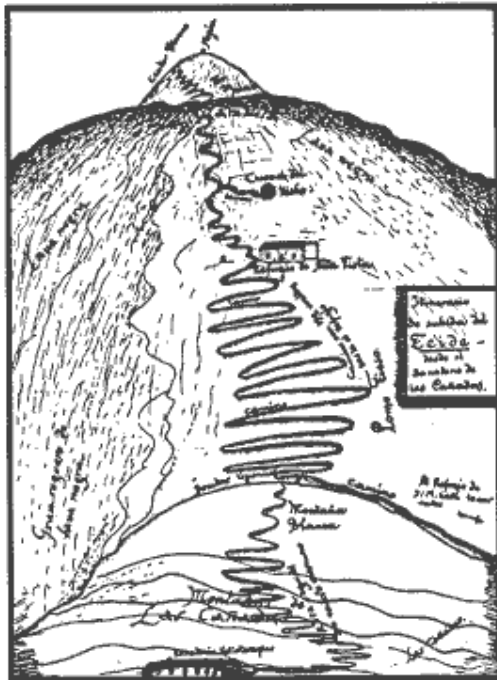
En todo el camino hemos ido dejando simpáticas y graciosas edificaciones planas, sencillas, de colores verde, anaranjado, blanco o azul, sin ningún vano adorno, y graciosamente ceñidas por una enredadera de color magenta, o artísticamente adornadas sus pequeñas azoteas con tiestos de flores de vivo color.

Ha desaparecido la niebla, y el sol hace sonreír el paisaje. Llevamos una marcha muy rápida. El mar se halla a nuestra derecha, y a nuestra izquierda las montañas

se nos ofrecen tentadoras, y su gracia y exuberancia reta a los valles, que se van haciendo monótonos con el verde agrío de los platanales.

Llegamos a Tacoronte a las 8, y como no tengo ninguna combinación para seguir el viaje, paso a un establecimiento donde hago unos apuntes y tomo un pequeño refrigerio. Como invita la mañana a andar, voy seguidamente carretera adelante, en espera de poder montar en algún vehículo que me traslade a la Orotava.

Cuando no había andado ni cien metros, veo un camión que lleva mi ruta, repleto de obreros que van a la faena; soy admitido por su chófer y tomo asiento en él. De nuevo continúa la sucesión de espectáculos naturales, y en seguida nos hallamos en uno de los lados del grandioso valle de la Orotava.



El Valle y la capital de la Orotava.

Fantasia puntillista de encantadores destellos, sobre una base uniforme y grandiosa de extensos platanales es este magnífico Valle, que cambia completamente nuestras ideas, trayéndonos la sensación tropical de países vecinos africanos, y dándonos al mismo tiempo la emoción del vértigo, al salto de unas zonas similares a las del Norte de la Península, tal que en el trozo de La Laguna a Tacoronte que hemos dejado atrás. Palmeras, pitas y chumberas acompañan a la sinfonía general, armonizando bastante este agrío de las grandiosas extensiones de banana; y las blancas salpicaduras de los esparcidos edificios con su capital en el centro, amparan todo el valle que, bajo su tutela blanca, engalana notablemente esta monstruosa

decoración. Y este es el valle de la Orotava, que a mí no me sorprendió tan extraordinariamente como a Humboldt, (aunque me gustó mucho) de quien dicen que arrodillado lo adoraba, pregonando no había otra cosa más hermosa en el mundo.

Llegamos a la capital del Valle a las nueve y media de la mañana. El sol empieza a arrear de firme. Es esta una villa plácida, clara, silenciosa, pintoresca y que da cara al mar. Sus calles todas en cuesta, son lo que el valle: todo silencio, viéndose poca gente andar por ellas.

¡Qué vida tan distinta la nuestra, tan agitada y nerviosa, a la de éstos, tan pacífica y de tanta suavidad!

Voy a una farmacia, donde compro unos film-packs para mi Kodak, y donde me informan muy someramente de la ruta a seguir, y de una posada en que puedan prepararme algunas viandas para la caminata.

En casa de Florencio Mesa, parador de no bonita cara, pero de buenos hechos,

estoy dándole al tenedor, mientras la patrona, buena cocinera, va llenando mi mochila de sabrosos preparados para la marcha. Como en la mayoría de las excursiones que he efectuado, al enterarse los dueños de la posada de mis intenciones, empiezan a darme todo género de explicaciones, y a pintarme la cosa tan negra, que con una ligera sonrisa les esquivo y les tengo que decir que no me hacen mella sus dichos y, como apenas he podido dormir esta noche pasada, decido tumbarme un poco hasta la hora de partir, dejándoles con la palabra en los labios. Mientras tardo en dormirme, sigo oyendo en el exterior los comentarios a mis «descabelladas ideas» según ellos, y confiando en la suerte, tranquilo y sereno, me duermo.

Camino del Teide.

Con la mochila repleta y sin que falte ningún detalle (de momento) me pongo en marcha a la una y cuarto de la tarde, camino del Teide, bajo un sol abrasador. Voy subiendo el pedregoso y empinado camino de Chazna, que es buen aperitivo como repecho. Paso por la carretera de Agua Mansa, a las dos de la tarde, y descanso un ratito para despedirme de momento del valle. Este camino de Chazna tiene a ambos lados multitud de viviendas en forma de chozas, con tejados de paja que se hallan negros por la lluvia, con paredes bien enjabelgadas, interior y exteriormente, y con su pequeño huerto bien surtido de flores, que, según me informan, duran todo el año. Estas viviendas tienen un adorno natural tan simpático, que de buena gana se puede vivir en ellas.

A las dos y media llego a la Cañada del Dornajito, y ahora empiezo a caminar por la parte pintoresca de la montaña. Después de dejar el pesado camino de herradura de Chazna, tan duro y tan pendiente, da gusto caminar por estos barrancos, similares a muchos de nuestro País Vasco, y donde los abetos, laureles, brezo y arbustos se crían libremente, y la verdosidad que ellos tienen hacen menos pesados los efectos de los rayos solares. Un labrador me da algunos datos de la ruta. El camino es bastante bueno.

El sol deja sentirse cada vez más, a pesar de que de vez en cuando sopla algo de brisa. El Teide como buen vigía, siempre está presente y esto redobla la confianza en uno, no dando lugar a dudas respecto al camino a seguir.

Paso por los Llanos de Gaspar a las cuatro, sentándome seguidamente a comer algo. A causa del calor y del movimiento, la cantimplora del agua se ha calentado bastante, y el poco líquido que queda tiene muy mal gusto.

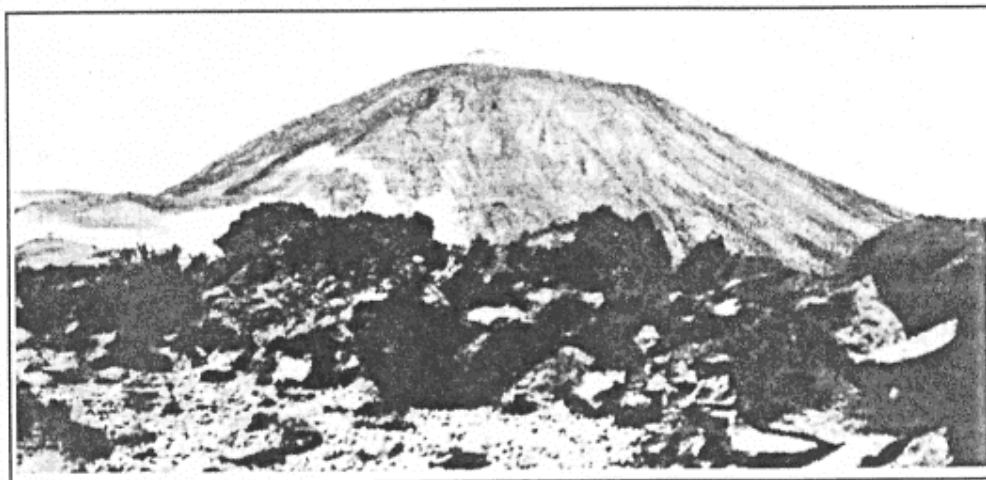
Ya he penetrado en la zona salvaje, donde seguramente no tropezaré con ninguna persona. El camino va entre grandes ejemplares de brezo y de retama, y todo él está infestado de una plaga de lagartos color gris-oscuro, y de lagartijas. Los primeros son de una variedad muy rara, y mientras descanso, varios asoman a contemplarme, y a observar si quedan restos de comida. Tanto es así, que llegan a ser hasta pelmazos, pues a pesar de las piedras que les arrojo, no se van ni en broma.

Continúo la caminata (4,30 tarde), siempre ascendiendo y con camino bastante bueno. Voy pasando por lugares en que las corrientes de lava han dejado su eterna huella; la vegetación no prende en esos calcinados espacios. Ha refrescado algo. Voy subiendo Montaña Roja a las cinco y media, y más tarde tengo que atravesar enredados y peliagudos lugares por Montaña El Alta, hasta que a las siete penetro en las Cañadas por el Portillo, dando cara al Cabezón. He pasado momentos duros por

falta de agua, y además me ha tocado bordear bastante, debido a haber cogido altura demasiado pronto.

Veo huir un conejo, que supongo será de los pocos bichos que habitan estas alturas.

He pasado la montaña de los Colmenares o de la Cera, y noto que la tarde va tocando a su fin. Me encuentro, pues, en una mala situación: sin saber dónde voy a pasar la noche, y con una sed terrible, careciendo por completo de agua. Va entrando el sol poco a poco. Ha refrescado mucho. El cielo toma matices anaranjados. La grandiosidad de este paisaje de altura da un respeto profundo al espíritu. Este panorama de desierto, donde no aparece más que de vez en cuando alguna verde retama, y que sin apercibirme se va quedando sin luz, produce en mis ideas unas sensaciones muy raras; y dentro de la natural desconfianza que antecede al tener que pasar la noche a la intemperie; esta grandiosidad me sirve de sedante, y no creo experi-



El Teide desde Las Cañadas.

mentaré ninguna gran impresión al acostarme cara al cielo. Mi mayor preocupación es la sed, pues sin agua, ¿cómo podré cenar? ¡Imposible!

Noche en Las Cañadas.

Cuando esto pienso, oigo a lo lejos un suave tintineo de esquila. ¿Habrá algún rebaño? me pregunto. ¿Dará la coincidencia de que con él se halle algún pastor que me pueda proporcionar algo de agua, para poder cenar y pasar la noche?

Y después de caminar bastantes metros, me encuentro con una cabra negra, delgada, pero de ubres tan voluminosas, como diría el llorado Basterra, que por un momento ya creí tener resuelto el problema líquido. La engancho, saco un panecillo de la mochila, y sujetándola con el cinto por el cuello, empiezo a querer ordeñarla. Mas ni por esas; allí no salía nada. Nuevo intento dándole de comer pan, y nuevo fracaso. La llevo de nuevo, imaginando mil formas de ordeñar y lo que consigo es

una tercera decepción. Y cuando ya hice todas las pruebas que me parecieron convenientes, y vi el resultado negativo de ellas, opté por dejarla marchar, creyendo que sus ubres estarían tan gruesas, debido a alguna enfermedad, ¡tal era la delgadez de su cuerpo!... Así, para cuando terminé estas operaciones y quise darme cuenta de dónde pasaría la noche, ya había oscurecido, no teniendo más remedio que pararme en unas rocas que se hallaban a resguardo del viento Norte. Me aprovisiono de alguna retama para hacer fuego, y héme aquí, dispuesto a dar cara a las estrellas y a la luna y a dormir en su compañía. Son las nueve y es noche cerrada. Hoy seré el único huésped que el gigante tiene en sus amplios «albergues» de Las Cañadas (2.200 metros s. n. m.).

Me he familiarizado con el rincón que he buscado y estoy tranquilo. No se oye nada. A veces algún suave céfiro mueve las retamas, y pone un poco de armonía en este silencio, tan solemne, tan intenso.

Quiero cenar, no pudiendo ingerir nada por lo seca que tengo la boca. Estoy masticando un poco de merluza frita, que después de las vueltas que le voy dando, no me puede entrar en el estómago, y lo tengo que tirar. Desisto, pues, de comer, y de esta forma voy a ver si puedo dormir algo. Tumbado contemplo el firmamento, que está engalanado. Lucen las estrellas sus galas festivas, y es algo grande poderlas contemplar así, solo, en esta altura y con este silencio, admirándolas sin prejuicios y con la imaginación serena. Un grillo, la mar de humorista, enfila su kri-kri. Me quedo dormido, pero a las dos horas me despierta el frío. No tengo casi nada de ropa, y tengo que hacer fuego de vez en cuando para calentarme. De nuevo Morfeo me coge en sus brazos, pero la fuerte luz de la media luna que ha aparecido, y que en estos países tanto alumbra, me vuelve a despertar. Son las dos de la mañana. Sigue la quietud, habiendo refrescado mucho. A las tres y media oigo cantar a lo lejos y llamo. Cuando contestan, y noto se van aproximando, pregunto dónde van y quiénes son. Me dicen que a Guajara. Es un pastor que va a por su rebaño y cabalga en una caballería. Ha pasado a bastante distancia y no le he podido ver. De nuevo me envuelve el silencio de la altura.

A través de Las Cañadas.

12 de Julio.—Son las cinco y cuarto y aún no ha amanecido, pero a pesar de ello, comienzo a caminar, dejando para siempre a las rocas que por una inolvidable noche me cobijaron, y dándoles un adiós eterno. Con la oscuridad se camina muy mal, pero poco a poco va aclarando el horizonte. El fresco de la mañana aviva el organismo, dándome buen temple, a pesar de la sed y falta de alimento. Este aire puro y virgen de altura, posee y reparte el don de la resistencia.

Hasta las seis y cuarto no aclara por completo. Con los ojos medio dormidos he ido contemplando este crepúsculo matutino que ha sido algo magistral. Primeramente, en una semi-oscuridad, aparecían estas montañas agrestes y de quiméricas formas, que semejaban atormentados dantescos, y que en su negror me recordaban paisajes del gran Gustavo Dorée. Después ha ido aclarando poco a poco, hasta que a la aparición del disco rojo se ha inundado este grandioso Valle de una luz color oro viejo que iba haciéndose cada vez más fuerte. ¡Al fin!; todo en un esplendor de orgía se ha engalanado, tomando las ásperas y rocosas montañas un color de mineral de hierro, el abundante lápilis amarillento (una especie de guijarro que a distancia da la impresión de la arena del desierto), un color oro nuevo, y la retama, la

simpática y solitaria amiga de los camellos en las tórridas extensiones africanas, unas pinceladas de jugosa paleta impresionista, mezcla de azules y grises verdosos.

Esta orgía de luz ha ido alumbrando al Coloso, que en sus fantásticos lomos, se transformaba en suaves y agradables combinaciones de oro y naranja más o menos claros. Su cogollito, llamado «Pan de Azúcar», tenía toda la elegancia y suavidad de una bella acuarela japonesa.

¡Qué gran belleza la de un amanecer de estos, en un paisaje tan raro y original!

Siento cada vez más la falta de agua, y el calzado que llevo de fuertes botas de suela de yute, ha empezado a romperse.

He llegado a las ocho a un refugio de Montaña Blanca, que está al pie del Teide, y que pone: «Hecho por José M.^a León. El XV de Septiembre de MCMXV.» Un poco más abajo de éste, existe otro un poco menor. Están abiertos, y en su interior, de una sola pieza, no se ven más que restos de comestibles y botellas.

No sé qué hacer, ni qué rumbo tomar. La sed cada vez me mortifica más, y el calzado se ha roto bastante en esta jornada matutina.

Si intento subir al alto sin agua, no podré dominar los durós repechos que me faltan. Y si alcanzo la cumbre ¿cómo resistir el regreso sin agua ni alimento en tan larga jornada? ¿Y cómo poder caminar descalzo por estos volcánicos laberintos?

Hacia el Sanatorio Helioterápico.

Opto, pues, por reponerme algo, y marchó en dirección Sur con la idea de buscar agua. Momentos amargos que no quiero recordar fueron éstos, que pasé durante dos horas y media que duró la infernal caminata, hasta las obras de un futuro sanatorio helioterápico. Por un lado, el haber tenido al Teide tan cerca y no haber podido escalarlo, por otro el lastimoso estado en que me encontraba, y finalmente con la duda que llevaba de no buscar persona alguna en el refugio. Añadamos a éste sufrimiento moral unos caminos, digo, pasos infernales, un sol de fuego y un calzado destrozado que al pisar no me preservaba nada de la fuerte aspereza de la lava cortante y puntiaguda. ¿No es esto horrible? En fin, más vale olvidarlo.

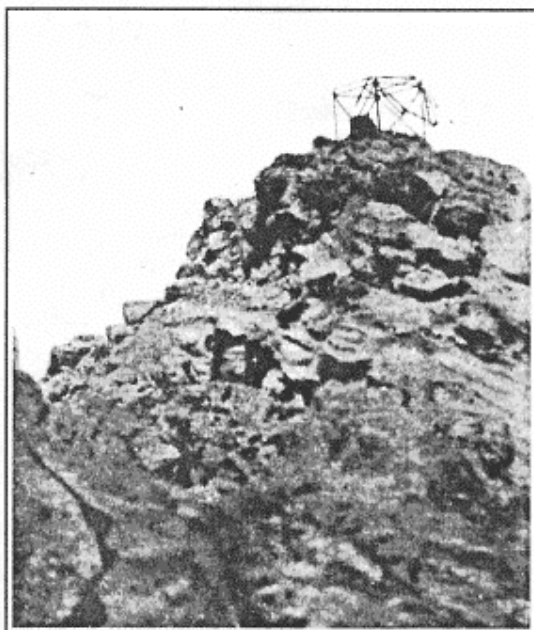
En el Sanatorio.

Me ducho, bebo más agua que un camello, cómo bien y hecho la siesta. Por la tarde tomo el sol en los alrededores, hasta la hora de cenar, acostándome seguidamente. He estado divinamente atendido por los señores que aquí se encuentran, y que son los siguientes: don Domingo Hernández, propietario del Hotel Victoria de la Orotava, don Isaac Dortas, don Luis Delgado, dos señoras y dos niños, hijos de don Domingo. A todos ellos mi más fuerte y hondo agradecimiento. Se encuentra este pabellón entre montañas de gran altura, sobresaliendo, además del Coloso en la parte Norte, el pico de Guajara por el Sur, el segundo más alto de la isla, siguiendo a éste, Ayesa, Arosa y otros, también de gran elevación. Las obras del Sanatorio comenzarán en breve. Actualmente no existe más que el pabellón donde yo estuve, que será la casa del guarda, el garage y las cuadras, y un pequeño chalecito próximo a este citado pabellón, destinado a vivienda del médico. Todo ello es propiedad del Estado.

La escalada al Coloso.

13 de Julio.—A las seis de la mañana me despido de la casa y emprendo la marcha para la altura. Va aclarando pausadamente. A esta hora de la mañana estos valles infernales tienen un encanto singular, recortándose azuladas las sombras de las montañas que componen este vasto cráter, formando contrastes raros y originales.

He caminado por lugares muy duros y difíciles, semejantes a titánicas masas de fundido hierro. Después de haber subido



Cúspide del Teide (cráter).

peñagudos repechos y haber sorprendido durante todo el recorrido de hoy a más de media docena de conejos, llego al pie de Lomo Tieso, a Montaña Blanca, a las ocho y media. Descanso junto a una grandiosa bomba negra de lava, y próximo al final de un reguero grandioso de lava también negra. Ahora, toda esta fuerte pendiente de Lomo Tieso (192 vueltas) la voy salvando descansadamente, siempre entre agrestes pasos y con unas perspectivas admirables.

Llego al Refugio de Alta Vista, a las 9,40, sin haber notado el más ligero cansancio, pues el camino, aunque de bastante pendiente, es muy bueno. Este es un Refugio muy amplio, dando cara al Sur. Se halla cerrado, y en sus puertas de cinc hay numerosos escritos de alpinistas que han alcanzado esta altura. Me encuentro muy optimista. Descanso unos minutos y seguidamente marchó para la Cueva, donde llego a las diez y diez. Aquí hay

hielo y agua, y huelga decir que es un sitio delicioso, para los días de mucho calor. Se baja a la Cueva por una escalerilla de hierro. El tamaño de la misma es bastante grande. Dejo la mochila en una esquina y salgo para la cumbre. Ahora el camino va por entre inmensos peñascales, color de alquitrán hasta la Rambleta (10-50). Y aquí empieza la subida del «Pan de Azúcar», o sea el cogollito del macizo, que es una buena pieza, aunque a distancia parezca tan diminuto. Tiene un repecho serio y sus lápilis menudos son de color amarillo y anaranjado. Treinta y cinco minutos tardo en dominarlo.

¡Por fin! A las once y veinticinco me encuentro en lo más alto del Teide. Una íntima satisfacción, una alegría intensa recorre todo mi cuerpo, produciendo un fuerte estremecimiento al contemplar las grandiosidades de esta gigante atalaya, cumbre de todas las españolas, y al ver cumplido uno de mis más queridos propósitos.

A un lado del alto se halla el famoso cráter que continuamente lanza sus fuma-

rolas y emanaciones de azufre que tan mal huelen. Tiene un color blanquecino betonado de ramificaciones de todos los tonos, especialmente del verde y amarillo, pero el conjunto es tan blanco que como decía el inspirado poeta isleño, Tomás Morales:

«Y el anchuroso cráter cubierto, tan blanco
que parece que aún está lleno de sal marina.»

Su interior está muy caliente y sus gases queman la ropa.

En lo más alto hay levantado un pequeño mojón que se halla en medio de un armazón de hierro y que pone: «Instituto Geográfico 1925». Junto a él hay dos de reducido tamaño.

Encuentro próximo a este mojón restos de un buzón puesto por los peñalaros, madreños, y lo recojo. Dejo mis tarjetas metidas en una peña, en el mojón principal. Sopla un viento fuertísimo.

¿Cómo describir esta majestad, este dominio de altura? Es «demasiada comida, y cara, para estudiantes!».

El mar se halla cubierto de blancas nubes, y toda la isla, encerrada en un niveo marco, resalta más.

¡Bellas montañas tinerfeñas; qué hermosas y qué soberanas sois, y qué encanto más singular poseéis! A mis pies Icot con sus enormes extensiones de pinos, se esconde humilde. Enfrente, y a los lados, Guajara, Pico Viejo y toda la ramificación de las monumentales Cañadas, que son otros tantos pequeños volcanes.

Todo ello visto con un relieve y una forma tan extraña, que, de tanta rareza, sorprende.

En su «Himno al Volcán» Morales nos pinta esta gigante altura con las vigorosas estrofas que siguen:

«Ve tu imponente mole que es hipógeo, periplo y ara;
y los tajantes bloques de tus pilares, firmes y enhiestos,
protección de la síma que en tus inmensos fondos labrara
para mansión de Pluto, la propia mano del dios Hefesto.»

Rasga el aire una ágil golondrina. Hay en la cumbre una especie de hormigas voladoras, único insecto que habita en estas alturas, y he visto también alguna mariposa y moscas.

De buena gana me quedaría más tiempo en esta magnífica atalaya, pero el fuerte vendaval, molesta mucho.

Me despido de esta querida cumbre a las doce. ¡¡Adiós!! Jamás he dejado una altura con tanta pena y alegría al mismo tiempo. Pena por dejarla y alegría por haberla coronado.

La vuelta.

Llego a la Cueva a la una menos cuarto. Aquí cómo con mucho apetito y me surto de agua, pasando un buen rato a la sombra en sitio tan agradable. A las dos salgo de la Cueva y comienzo el regreso. Voy dejando atrás Alta Vista y parte de Lomo Tieso. Llego al punto de ataque de la mañana en Montaña Blanca a las tres y cuarto. Frente al Refugio de León a las tres y media.

La negra piedra de lava reluce y brilla al sol. Estoy pasando por las grandiosas Cañadas, que tienen todo el encanto del original desierto pétreo de la Arabia: lleno de luz, espléndido, majestuoso. ¡Tú, oh bella retama, qué bien encajas en este maravilloso cuadro! Ayer por estos mismos sitios andaba desmoralizado, y hoy, sin embargo, la alegría no cabe en mi interior. ¡Qué punto de vista tan distinto, del uno al otro!

El sol abrasa, y el aire templado de esta hora seca la garganta. He pasado Las Cañadas y llego frente al Cabezón a las cinco y diez. Sólo se oye el zumbido de las moscas y la agitación de las retamas por la brisa. Este paso de Las Cañadas ha sido delicioso; en este momento calzo el tercer par de alpargatas.

Estoy bajando por un camino muy bueno y pintoresco, con hermosos ejemplares de brezo a los lados. He llegado al límite de la niebla y ya por hoy no volveré a ver el sol. ¡Adiós querido «Loren»! El siri-miri de la niebla me refresca la cara, y me da ánimos para la marcha. Esto que voy atravesando tiene todo el carácter de un paisaje vasco: el brezo, los helechos, la árgoma, la niebla, el siri-miri y alguno que otro laurel, me producen la impresión de una bajada del Gorbea por Ceánuri. ¡Es tan hermano de nuestro paisaje!

Ya vienen las chozas y los campos cultivados; y la parte pintoresca de verdad del valle comienza ahora. Paso por Palo-Blanco a las siete y media; es un barrio con media docena de blancas casas, como lindas palomas junto al camino. En estos trozos de paisaje no se ven más que trigales y maizales, todo el cultivo del Norte de España. Y ante estas armoniosas grandiosidades de la naturaleza, si creo que Humboldt, y cualquiera que sienta el paisaje, se arrodilla. ¡Es tan bello esto!

Llego a Realejo Alto a las ocho menos cuarto, y, desconociendo el nombre del pintoresco pueblo en que me encontraba, pregunto a un señor que hallé en el camino: «¿Haría el favor de decirme qué pueblo es éste?». Me mira, aspira la pipa un par de veces y con una calma indicadora de su tranquilidad interior, me contesta en un melodioso y suave acento isleño: «Qué... pueblo e... ete? Ete... e Realee... joo».

Y esta raza es toda ella similar a este buen señor; noble y tranquila. ¡Dichosos los que no ambicionan más que a vivir pacíficamente, en la querida tierra que los vio nacer! ¡Felices vosotros, isleños, que tuvisteis la dicha de que Dios os pusiera en un Edén, y no sentís por ahora la material ambición de riquezas, que a otras razas tanto han perjudicado!

Aquí doy término a la caminata, y en un cómodo autobús me traslado a la Ortava, donde llego a las nueve de la noche, y donde en casa de Florencio reciben un alegrón al verme entrar tan tranquilo, después de dos días y medio de ausencia.

Verano de 1928.

ANDRÉS ESPINOSA.

De la Sociedad Deportiva Amorebieta.

(Dibujos del autor; fotografías de B. y J. B.)

